



COMONTALEBÚ

ESCRITOS BREVES DE TRES AÑOS MUY LARGOS
(2020-2021-2022)

Pablo López Romano

COMONTALEBÚ

ESCRITOS BREVES DE TRES AÑOS MUY LARGOS
(2020-2021-2022)



Primera edición: julio de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pablo López Romano

ISBN: 978-84-10400-06-1

ISBN digital: 978-84-10400-07-8

Depósito legal: M-16658-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Dedicado a los que me quieren y a los que se dejan querer.

Jesús respondió: mi reino no es de este mundo.

JUAN 18:36

Mi mundo no es de este reino.

JOSÉ BERGAMÍN

No tengo reino. Si lo tuviera, sería de este mundo.
Qué remedio. Tengo mundo y es del reino que lo acoge.

OCTUBRE 2021

Si no puede ser leve que, al menos, sea breve.

Nota del autor

Comontalebú es la selección de los textos breves que escribí entre 2020 y 2022. Muchos de ellos, en sus versiones originales, aparecieron en mi página de Facebook. Tras revisarlos y corregirlos, se los presento ahora reunidos en este libro. Ustedes podrán descubrir la razón de su título, *Comontalebú*, en uno de los textos.

Fueron tres años muy largos. Si es un soplo la vida y si veinte años no son nada, será por los otros diecisiete años, porque en esos tres nos pasó casi de todo. En lo particular, empecé el período nada más haber dado fin a una larga vida profesional y a un largo matrimonio. Como había dedicado mi vida, casi por entero, a ambas cosas, me costó adaptarme a mi nueva situación. Afortunadamente, apareció un nuevo amor en la otra punta del mundo. Y allí me fui, un océano y lo ancho de un continente más lejos. Desde entonces, escribir estos textos me ayudó a que la distancia no provocara mal mayor que una dulce añoranza.

En estos tres años, 2020, 2021 y 2022, no cabe duda alguna, nos ha pasado de todo, o casi de todo. De todo y a todos. Somos supervivientes de una pandemia que ha dejado millones de muertos. Somos testigos de una guerra que compromete la dignidad de todos los que vivimos en la parte más agraciada del mundo. Hemos contemplado cómo gobiernos populistas se han metido hasta en nuestra propia casa y hemos asistido a la imparable marea de estupidez que inunda todos los rincones de nuestras vidas.

En estos tres años, en España hemos asistido perplejos al espectáculo de desenterrar momias en nombre de la libertad a la vez que se aprobaban leyes que permitían a las niñas abortar sin siquiera tener que decírselo a sus padres. En Perú, hemos llegado a ver a un ladronzuelo del país profundo, tocado con sombrero de paja y balbuceando consignas de otro siglo, llevar a su pueblo al borde del precipicio de la historia. En los Estados Unidos hemos visto a un tipo con cuernos sentado en un despacho del Capitolio, rodeado de una turba de adefesios.

En estos tres años, en América se han derribado las estatuas de quien metió en el mundo a los americanos. En buena parte del mundo nos han impuesto el género líquido a todos, todas y todes. Y en estos tres años hemos visto llorar al JÓker en la ceremonia de los Óscar por los terneros que nos comemos y a los futbolistas de élite arrodillarse antes de empezar los partidos pidiendo perdón por nuestros pecados, no por los suyos. Y hasta hemos visto a Messi ganar el Mundial. ¿Qué más nos queda por ver?

Nos dijeron que de la pandemia íbamos a salir más fuertes. Y hemos salido más resilientes, más sostenibles, más inclusivos, más transversales. Y también más memos, algunos, o más hipócritas, otros.

Comontalebú se puede leer de dos maneras. Pensándolo mejor, se puede leer de tres maneras. Y también se puede no leer, o leer solo unas páginas, dejarlo en la estantería durante un tiempo y volver a leerlo tras quitarle el polvo.

Me explico. Usted puede leer *Comontalebú* como se leen casi todos los libros: empezando por la primera página, siguiendo por la segunda, luego la tercera y así, página tras página, hasta la última. O hasta que decida dejarlo por otro libro, por Tele 5, por TikTok o por YouTube. De esta manera usted leerá los textos en el orden cronológico en que fueron escritos.

También puede leer *Comontalebú* agrupando los escritos por temas. Hay escritos sobre la deriva ideológica y la «guerra cultural» —a ver si buscamos otra manera de llamarla— que deberíamos librar contra ella. Llevan el subtítulo «Hagan sitio, que siguen llegando tontos». Sobre la pandemia tratan los escritos subtitulados «De la pandemia olvidada». «Esta España mía, esta España nuestra» subtítulo los que tratan de lo acontecido en mi país durante estos años y «Contigo Perú» los que recogen mis reflexiones sobre el país que me acoge. Los escritos subtitulados «La guerra más lejana» tratan sobre los primeros meses de la guerra de Ucrania. Por último, los textos más íntimos sobre la nostalgia que tengo de España y sobre lo mucho que echo de menos a mis seres queridos figuran con el subtítulo «Añoranza de Madrid y otras añoranzas».

La tercera manera de leer *Comontalebú* es como (y cuando y donde) a usted le dé la gana leerlo. Es la manera que les recomiendo.

Siéntase usted libre de leer estos textos como mejor le parezca. O de no leerlos. En cualquier caso, disfrute, querido amigo.

Lima, julio de 2024

Del envidioso, mejor la crítica que el aplauso.
Del mentiroso, mejor el silencio que la palabra.
Del mezquino, mejor el reproche que el halago.
Del estúpido, mejor la incomprensión que la adhesión.
Del miserable, mejor el rechazo que el regalo.
Del soberbio, mejor el desprecio que el apoyo.
Del traidor, mejor el olvido que el abrazo.

Procuro rodearme de personas que cambian de opinión y no cambian de valores.

Huyo de quienes cambian de valores y no cambian de opinión.

¿De qué es hoy el día internacional?

Hemos cambiado el entrañable santoral por el almanaque de los días universales, mundiales e internacionales de las buenas causas, de las causas-lacito.

Ya no celebramos el día de San Juan Bautista aprovechando la tarde del día más largo del año en la terracita de un bar. Celebramos en su lugar el Día Internacional de la Contaminación Electromagnética. No me lo estoy inventando, que pueden ustedes comprobarlo en www.eldiainternacionalde.com.

Tampoco celebramos ya en el pueblo el día de San Martín matando el cerdo que los abuelos cebaron durando un año entero. Ahora el 11 de noviembre es el Día del Soltero (como si ya no fuera bastante que celebren su feliz estado los 364 días restantes del año).

Hay más causas que santos.

Noviembre está siendo un no parar. Hemos celebrado ya el día de un montón de enfermedades, desde la diabetes y la espalda bífida, hasta el síndrome de Smith-Margerin y la enfermedad de Huntington. Esto es muy loable —lo hable quien lo hable, diría el mago Piedrahita—, pero, que yo sepa, ningún diabético se ha curado gracias a las celebraciones ni estas han conseguido que alguien no diagnosticado del síndrome de Smith-Margerin o de la enfermedad de Huntington haya aprendido este mes en qué consisten, cómo se previenen y cómo se curan.

También hemos celebrado el Día Sin Alcohol (bueno, yo no lo he celebrado), el Día de los Récords Guinness y el Día del Sándwich. Echo en falta el Día del Bocata de Calamares y el del Pincho de Tortilla de Patatas, mucho más merecedores de reconocimiento y apoyo internacional que el triste sándwich mixto y que el desproporcionado y falaz club sándwich. Falaz es el club sándwich porque, habiéndose inventado el sándwich para comerlo con las manos, el apellidado Club no puede comerse con las manos sin llenarse uno la pechera de huevo y mayonesa.

De la misma manera que la Lucha por la Eliminación de la Violencia contra la Mujer y que la Tolerancia han tenido, con toda justicia, su día dedicado en este otoñal noviembre, también lo han tenido el Flamenco y el Idioma Romani, la Concienciación ante el Tsunami, el Veganismo y la Obesidad.

¿Quién no se ha emocionado hace poco en el Día de la Preservación del Medio Ambiente ante Guerras y Conflictos Armados? Yo sí, hasta las lágrimas. Ahora, que digo yo que por qué no se previenen directamente las guerras y los conflictos armados y no los estragos de estos en el medio ambiente, como si los muertos humanos valieran menos que arbustos y retamas.

También fue conmovedor el Día de la Radiología. No menos que el Día del Retrete. Y no perdonaré que nadie me recordara el 19 de noviembre que era el Día del Hombre, siendo tan probable que lo quiten en breve del almanaque. Lo compensé, no obstante, celebrando —cómo no hacerlo— el Día de la Usabilidad y, sobre todo, el Día de la Memoria Transexual.

Hoy, 26 de noviembre, no es el día universal, mundial o internacional de nada. Así que llevo el día desnortado, sin motivación alguna. Me siento desnudo sin un lazo en la solapa. No me quedará más remedio, a falta de una causa que me inspire y movilizce, que acudir al olvidado santoral y rezar un padrenuestro a San Conrado y a San Delfín, santos del día, y conmemorar a Cristo Rey. ¿Qué quieren que haga si hoy no tengo nada que reivindicar?

Ya estoy deseando que llegue el 29 y celebrar el Día de No Comprar Nada, el Día de la Conservación del Jaguar (supongo que se refiere al felino y no al automóvil, aunque tanto me da una cosa como la otra) y el Día de la Solidaridad con el Pueblo Palestino, los tres días en uno, con tres lacitos a la vez. Ilusionado estoy de pensar cómo combinarlos, uno con la camisa, otro con el jersey y el otro ya veré con qué lo combino. Reivindicar, sí, pero con estilo.

Por cierto, estoy viendo que el día de Navidad no tiene aún causa asignada. Proclámenlo el día de algo importante. Del sentido común, por ejemplo.

Madrid, 26 de noviembre 2019

2

Marie Kondo y yo

La última semana del año deberíamos dedicarla, además de a engordar y a pelearnos con los cuñados con motivo de las entrañables fiestas navideñas, a ordenar nuestros compromisos, afectos, amistades y amores, para que el año próximo aprovechemos mejor el tiempo. Para aprovecharlo en lo que merece la pena emplearlo y, sobre todo, con quien merece realmente la pena.

Marie Kondo es esa japonesa que sale en YouTube doblando jerséis. Ella es capaz de meter en un cajón lo que a mí me llena por lo menos media docena.

Pues esta semana nos conviene hacer un Marie Kondo en el armario íntimo de nuestra vida, colocar en su sitio a cada cual, tener localizada a cada persona para cuando la necesitemos y para cuando nos necesite, tener a todos bien dobladitos para que no se arruguen, unos colocados en el cajón de los planes de mañana, otros en el cajón de los buenos recuerdos y unos pocos en el cajón del afán de hoy mismo. Todos bien perfumados para que dé gusto sacarlos cuando hagan falta.

Y antes de ponerse a doblar y guardar lo aconsejable es hacer una profunda limpieza de todo lo que ya no sirve, e incluso estorba. A la basura, sin reciclar siquiera. Si alguien los quiere, que los recoja del contenedor.

Así que me voy a poner a vaciar mi agenda de todos aquellos que ni necesito ni me necesitan.

Me voy a poner a romper las tarjetas de visita de todos los que me da igual quienes son y a qué se dedican.

Me voy a poner a cancelar del calendario de 2020 todas las citas que no me apetece tener.

Me voy a poner a borrar los recordatorios de cumpleaños de los que me es indiferente que lleguen a viejos.

Me voy a poner a bloquear a todas las feas del Tinder.

Así que voy a dejar mi vida como si la hubiera ordenado la Marie Kondo. Ojalá mi memoria se cure también de su síndrome de Diógenes.

A muchos, adiós. Al resto, seguimos en contacto, porque os quiero.

Lima, 21 de diciembre 2019

Cumplir el perfil

Guerra y paz tiene casi 2.000 páginas. Tolstói no tenía capacidad de síntesis.

Las sinfonías de Mahler exigen para su interpretación orquestas con muchos más instrumentos que el resto. Mahler no era eficiente.

Churchill no era un líder participativo ni preocupado por el desarrollo de su equipo de trabajo. Fue esencial en la derrota del nazismo.

John Ford era un viejo cascarrabias, no era un optimista, no practicaba el pensamiento positivo, ni se molestaba en inspirar a su equipo. Rodó *El hombre tranquilo* y *Centauros del desierto*.

Marcel Proust pasó gran parte de su vida enclaustrado, viviendo más de noche que de día, y Juan Ramón Jiménez era un ser huraño, sin empatía hacia los demás, casi siempre cruel en sus críticas. No tenían habilidades sociales. Uno escribió *En busca del tiempo perdido*, el otro fue quizá el más grande poeta español de todos los tiempos, con permiso de San Juan de la Cruz.

Van Gogh murió loco y arruinado. No estaba «orientado a resultados». Pintó casi 900 obras, algunas de las cuales se han vendido por varias decenas de millones de dólares.

Thomas Edison fue expulsado del colegio por «estéril e improductivo». Dejó 1.093 patentes.

A Hugo Sánchez no le gustaba que sus compañeros marcaran goles, quería marcarlos él todos. No trabajaba en equipo. Marcó

más de 200 goles con el Madrid y ganó cinco veces la Liga de España.

Cada persona que merece la pena es única. Los mediocres son todos iguales. Queremos, sin embargo, que las personas cumplan el perfil, que no sean únicas y diferentes, que sean como la mayoría, que sean mediocres.

¿Qué hacen los que cumplen el perfil? Nada fuera de lo común, alimentar la inmensa mediocridad.

Lima, 23 de enero 2020

Carta a Juanita Salcedo, probadora oficial de succionadores de clítoris

(El 15 de febrero de 2020, el diario *El Mundo* publica una entrevista con Juanita Salcedo, probadora oficial del succionador de clítoris. Según Juanita, que se declara muy feliz en su trabajo, el succionador fomenta el empoderamiento y no hubiera sido posible sin la ola feminista).

Querida Juanita:

Dices que eres muy feliz en tu trabajo. Cuánto me alegro de que alguien sea muy feliz en su trabajo. Yo, en cambio, no lo soy tanto en el mío.

Claro que tú, Juanita, tienes jornada flexible, *home office*, trabajas con la última tecnología, lo último de lo último. Tu trabajo, en realidad, va más allá de la digitalización: la supera y sustituye.

La tuya es una empresa *great place to work*. Pero de verdad. No como la mayoría, Casi todos tenemos un jefe cursi y medio gilipollas que dice que nos empodera y que él «pone en valor» lo que nosotros hacemos. Mentira.

A ti sí que te han empoderado. Pero bien. Y de ponerte, ni te digo. En valor y en lo que haga falta, te pones tú sola. Y no tienes ningún majadero de jefe llamándote todo el día para que vayas a su despacho. A ti te dejan concentrarte en lo tuyo. Nunca mejor dicho

lo de tuyo. Ningún capullo te va a molestar. Nunca mejor dicho lo de capullo. Ni siquiera tienes que trabajar en equipo. Nada de mandangas. O, mejor dicho: mandanga, pero de la buena.

Tú eres la prueba de que trabajando sola, bien concentrada, se es más productiva. Por cierto, ¿trabajas con objetivos, cobras bono si los superas o vas a comisión?

En cualquier caso, te envidio, Juanita. Vamos, que te envidio y te admiro: te pagan por tocarle el chichi cuando la mayoría nos pasamos el día disimulando para que no se note que estamos ras-cándonos los huevos en la ofi.

Juanita, querida, te lo digo como lo siento: eres un ejemplo. No todo el mundo puede hacer en el trabajo lo que le sale del... Tú sí. No tendrás ni ganas de tomarte unas vacaciones. Para ti todos los días serán días de asuntos propios. Y tan propios.

Cuando haya una vacante en tu empresa, avisa, porfa, que me encantan las nuevas tecnologías.

Atentamente, tu admirador.

Lima, 30 de enero 2020

5

Yo soy ese negrito

La canción del Cola-Cao ya no dice «Yo soy ese negrito del África Tropical». Ahora dice que, además del futbolista, lo toman nadadoras y súper campeonas. Ya no lo toma el boxeador.

Y dice que cuando lo tomas te bebes un grumito de felicidad.

Pues si ya no hay negrito y si ya no lo toma el boxeador, que se metan el grumito en el África Tropical.

Lima, 1 de febrero 2020

6

Del Madrid

Soy del Madrid. Hasta la médula. Sufro cuando juega. Lloro feliz cuando gana. Me enclaustro en mí mismo cuando pierde, hasta que el paso de las horas atempera la rabia.

Cuando nació mi hijo, le hice socio del Madrid antes de inscribirle en el registro civil como ciudadano español.

Lo llevaba en brazos al Bernabéu, todos los domingos. Vio a Michel tocarle el ánimo a Valderrama. No se acuerda, era muy chico. Me refiero a mi hijo, no al ánimo de Valderrama.

Creció viendo ganar a Raúl. Coleccionaba los cromos y yo iba con él los domingos por la mañana a la plaza de Quintana al *sile-sile nole-nole*.

Los campeonatos, en Cibeles, Núñez ca... saluda al campeón. Núñez, ya ha llovido.

Llegaron las Champions, una detrás de otra. La primera que compartimos, la del gol de Mitjatovic. La vi por televisión en Buenos Aires. Él estaba en Madrid. El Atlántico, entero, nos juntaba, no nos separaba. Gritamos gol al mismo tiempo, él en primavera, yo en otoño. A Glasgow fuimos juntos.

Lloró cuando se marchó Fernando Redondo más de lo que lloraba cuando yo me despedía de él para varios meses, cuando me iba a trabajar a Argentina.

No hay tiempo más bello que el que pasa viendo crecer a un hijo. El mío creció y empezó a opinar. Yo era de Benzema, él no. Ahora somos los dos de Benzema.

Los años me hicieron perezoso. Prefería ver en casa al Éibar y al Leganés y acudir al templo sagrado solo en las grandes ocasiones. Para él todo partido es una final a la que hay que asistir como el creyente asiste el domingo a la Eucaristía. Yo ya solo iba a la liturgia de Concha Espina en las festividades más señaladas, en las navidades, el Viernes Santo y el Corpus Christi del fútbol, cuando llegaban el Barça, el Atleti y algún gallito europeo.

Luego, la vida me alejó del Bernabéu. Dejé de ir, no ya por pereza, sino porque me queda un poco lejos. A unos 10.000 kilómetros más o menos. Pero sé que mi hijo me guarda mi abono. Hasta que muera.

El coronavirus, ese maldito hijo de puta que nos tiene encerrados en casa no solo para no morir, sino para no matar, se ha llevado a Lorenzo Sanz, el presidente de la Séptima. Descanse en paz. Qué pena.

El Madrid volverá a jugar. Los madridistas se desquitarán de este terrible aislamiento llenando el Bernabéu un domingo, muy pronto. Y lo volverán a llenar todos los domingos porque queremos volver a estar juntos, a saltar a la vez con los uyyy de Vinicius y a abrazarnos, conocidos y desconocidos, con los goles de... Se me olvidaba que el Madrid se ha quedado sin gol. Ya volverá también.

Soy del Madrid. Hasta la médula. Y quiero verlo jugar ya. Ya mismo. Aunque pierda. Aunque pierda de penalti injusto en el descuento. Significará que el coronavirus también ha perdido. Y él, ese rival tramposo, ese enemigo que juega sucio y no va a quitarnos el balón sino a quitarnos la vida, habrá quedado eliminado. Para siempre.

Lima, 23 de marzo 2020